



Cantar de Agapito Robles¹

[Capítulos del 16 al 19]

Manuel Scorza

*Para César Calvo,
mi hermano,
que me ayudó a encender
el poncho de Agapito Robles.*

- 16 -



Verídica historia de Cecilio Encarnación, Primer y Último Serafín³ de los Quechuas

Jornadas después divisó un pueblo salpicado en la falda de un cerro morado: Pumacucho. Un sol radioso⁴ excitaba la Plaza de Armas donde islas de hombres y mujeres discutían. Entró a la plaza. No obstante que su poncho exhibía «El cruce de la cordillera Culebra», nadie reparó en su atavío. Agapito examinó el objeto de la curiosidad: arrodillado ante una tosca cruz de madera adornada con corazones de hojalata y rematada en un gallo de la Pasión

descubrió a un varón con los brazos extendidos. Ni el hombre, ni quienes lo admiraban o lo despreciaban, pronunciaban palabra. Pasó el mediodía, entró la tarde, flameó⁵ el crepúsculo, pero nadie se movió. Oscurecía cuando un llamero⁶ se le aproximó:

-¿Este es el famoso ángel?

Agapito sonrió con la prudencia de los perseguidos. Decepcionado por su silencio el arriero apeló a un hombre de cara amargada.

-¿Es o no es el ángel?

Nadie contestó. El preguntón⁷ escupió y siguió su camino. Agapito Robles se alejó hacia las indecisas lámparas que titilaban en los tienduchos⁸. Un olor asombroso lo mareó.

-Estos chicharrones⁹, ¿son para vender?

-Dos por un sol¹⁰ -respondió una vieja sin sacar tampoco los ojos de la plaza donde el poniente agigantaba los brazos extendidos de aquel a quien el llamero motejaba de ángel. Agapito compró dos soles de chicharrones y unas puertas más lejos un jarro de café y tres panes. Se acuclilló ante una tapia erizada de cactus. Estaba tan rendido que tan pronto depositó la espalda contra el muro se durmió. Soñó que llegaba a un pueblo idéntico a Pumacucho. Una muchedumbre también poblaba la plaza pero ¡una multitud de animales! Pájaros, felinos, culebras, peces, tortugas, cangrejos, bestias conocidas y desconocidas crestaban las laderas. Divisó un charco. Sintió sed. Se acercó. Se inclinó para beber. Sin asombro comprobó que era un puma. Admiró el pavor de sus ojos, la geografía, de sus manchas y luego, como todos los animales, obedeció la voz de una doncella que hubiera jurado que era doña Añada moza. La joven, que lucía una pollera¹¹ cortada en tela de arco iris¹², gritó:

-¡Animales de Arriba y Animales de Abajo! ¡Animales que caminan, animales que nadan y animales que vuelan!: Nuestro hermano Kurivilca, el

pobre, lucha con Rumicachi, el rico. Disputan el amor de la que es mejor que la brisa. Tres veces se han enfrentado: tres veces Kurivilca¹³ ha vencido, pero esta vez Rumicachi, el rico, lo desafía a construir un palacio en un día. Sus servidores han erigido en media jornada una pared de una legua de largo. ¿Cómo lo igualará nuestro hermano?

-¿Para qué estamos nosotros? -se alzó un cóndor.

Los cóndores que lo rodeaban lo celebraron.

-¡Así me gusta! -gritó la muchacha resplandeciente-. ¡La casa tiene que estar lista antes de que amanezca! ¡Ea!

Chillando, piafando¹⁴, himplando¹⁵, rugiendo, silbando, zureando¹⁶ los animales edificaron un muro de dos leguas de largo, cimiento de un palacio cuyo techo lastimaría la luna. A los pumas les tocó levantar el muro oeste. Agapito Robles hubiera querido conversar con los felinos de su cuadrilla pero el gran puma que dirigía los trabajos no toleró ninguna pausa hasta que concluyeron la tapia. La fulgurante moza examinó el trabajo y sonrió:

-Lo único que nos falta es el techo.

-Es demasiado alto, dijeron las hormigas.

-Es demasiado bajo, dijeron las águilas.

-Entonces lo construirán ustedes -dijo la joven Añada a las águilas y mirando a Agapito añadió algo que el personero no supo porque se despertó.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, en el mismo sitio donde lo había abandonado la noche anterior, divisó al que deturpaban¹⁷ ángel. Un gentío lo rodeaba. Indiferente al homenaje o al insulto seguía con los brazos extendidos. Agapito comprobó que era un indio como todos: cobrizo, de pómulos salientes, de ojos rasgados y cabellos lacios. Era, eso sí, alto y corpulento. Por la esquina entró un criollo¹⁸ con modos de propietario. Burlón preguntó:

-¿Este es el famoso primo de San Pedro?

Se rió.

-¿No será también cuñado de la Virgen María?

-¡Qué va a ser ángel! Es un simple cholo¹⁹ de nuestro pueblo. Hasta la semana pasada fue carpintero -contestó un gordo de aire fastidiado.

Una mujer de polleras negras, manto negro y gestos negros protestó con rabia:

-¡San Pedro también era carpintero!

-A éste lo conocemos, doña Edelmira. Es un hombre sin oficio ni beneficio.

Se volvió al forastero.

-Se llama Cecilio Encarnación.

-Padre nuestro que estás en los cielos... -comenzó a rezar, furiosa, doña Edelmira.

-Se llama Cecilio Encarnación. Era como todos nosotros hasta hace unos días.

-¿Ahora es diferente? -insistió el burlón.

-Él dice.

-¿Qué dice?

-Que camino a Huánuco se cayó al río Huallaga. Eso dice. La corriente lo arrastró. Eso dice. En este tiempo el Huallaga es caudaloso. Se ahogó. Eso dice.

El rezo del viejerío²⁰ se acentuó.

-Se estaba ahogando cuando lo alzaron de los trinchas²¹ y lo sacaron del agua. Eso dice. Lo levantaron por el aire. Se despertó entre los santos del Paraíso. Dios Padre celebraba misa. Cuando acabó, Dios se volvió. Cecilio encegueció. Pero oía. Dios dijo: «Este es Cecilio Encarnación, Primo de Jesucristo y mi sobrino bienamado. Delante de los Arcángeles lo nombró Serafín de Primera clase, Fiador del Mundo, Salvador de los indios. En la tierra los indios padecen y necesitan alivio y es mi voluntad nombrarlo Ángel para redimirlos. Serafín Cecilio: desciende a Pumacucho y predica que el tiempo de la salvación de los indios ha llegado. ¡Sodoma²² caerá y el Tahuantinsuyo²³ renacerá!».

-¿Eso dice?

-Eso dice.

-¿Es cierto?

Antes que el barrigón respondiera, una de las viejas le escupió en la cara.

Porque Pumacucho dudaba. Ese varón, marmóreo al murmullo de las conversaciones, era ángel quizás. El panzón²⁴ se alejó rezongando²⁵. Las viejas persistieron en el rezo. La misma Edelmira que mascullaba padrenuestros con los ojos cerrados, ¿no había encabezado a las mujeres que apedrearon al Ángel el día de su advenimiento²⁶? Hacía siete días el carpintero -¡ni eso: ayudante de carpintero!- había comunicado el Mensaje desde la puerta de la capilla de Pumacucho donde ocasionalmente verdaderos sacerdotes oficiaban verdaderas misas. ¡*Verdaderos* sacerdotes! Parado en el poyo²⁷ de la capilla cuyas puertas abría los domingos el sacristán y cantor Victoriano, el gañán²⁸ se proclamó Enviado de Dios. Tres veces: a las nueve, a las doce y a las seis. Anocheciendo Edelmira Perujo y sus vecinas lo apedrearon. Primer milagro: los proyectiles no lo tocaron. Sin cólera el Ángel advirtió:

-¡Infame Pumacucho: Yo, Cecilio Encarnación, Ángel de Primera Clase, por la voluntad de mi tío el Altísimo, los conjuro a la obediencia y les doy plazo para

que arrepintiéndose de sus crímenes me reverencien y me obedezcan! Aquí ayunaré hasta que los justos comprendan y luego el rayo de mi cólera fulminará a los incrédulos y a los malvados. ¡Porque yo traigo la Justicia y la Libertad!

Se arrodilló con los brazos abiertos y comenzó su implacable ayuno. No se dignó añadir palabra. Allí lo encontraron madrugadas y anocheceres; allí lo mojaron lluvias, lo tostaron soles, lo esculpieron vientos que no eran soles, lluvias ni vientos porque no alteraban su indiferencia angélica. Al quinto día la mujer de un abigeo²⁹ sorprendido se le arrodilló y depositó a sus pies rosas salvajes. Oscurecía cuando los Magdaleno se postraron sollozando: suplicaban por su primogénito enfermo. El Ángel no condescendió a bajar sus ojos clavados en el cielo. El sexto día un arriero de Dos de Mayo se le postró. Al decimoquinto estalló la más pavorosa tormenta que Pumacucho recordaba. Relámpagos y truenos se enzarzaron en un solo fuego sobre la aterrada Pumacucho, salvo sobre la iglesia protegida en una bahía de luz pacífica como el rostro del Ángel. Cuando escampó, los mirones asistieron al pavor: Olga Torrico, maestra de la escuela -¡normalista³⁰ limeña!- cruzó la plaza seguida por el cantor Victoriano -sí, el incrédulo sacristán Victoriano- y por sus cincuenta alumnas que le traían rosas, geranios y una inocencia que turbaba. Cubierta por una mantilla³¹, Olga Torrico se arrodilló:

-¡Ángel bendito! ¡Te saludo y venero! Divino Enviado: recibe con cariño las flores que te traen estos corazones inocentes.

La maestra y Victoriano se postraron. El coro de las niñas y la estupefacción de los curiosos crecían. El cantor Victoriano abrió de par en par las puertas de la iglesia. El sol entró hasta el altar mayor. El sacristán Victoriano suplicó:

-Ángel precioso: entra a tu casa y ocupa tu sitio. Nos equivocamos: ten corazón. ¡Perdónanos, Serafín!

En vano impetró³²; en vano impetró la maestra Torrico; en vano impetraron las niñas. El Ángel sonreía. Pero de la dulzura no pasó. Ni cuando acrecentando los rezos la atemorizada multitud cayó de rodillas, el Ángel se

movió. Así, el decimoquinto día de su blasfemia Pumacucho comprendió que los implacables brazos del Ángel se abrían sobre su sacrilegio. Los réprobos³³ se incriminaban. La totalidad de las mujeres -¡madres al fin!- acumulaba flores, carneros, gallinas, cuyes³⁴ que no escapaban, papas, frutas, ante el Divino Indiferente. Pero una parte de los hombres vacilaba. Quienes rehusaban seguir en la profanación apedrearon la alcaldía donde las confundidas autoridades debatían. Antes que amaneciera un rayo incendió el forraje de la casa del alcalde publicano que, olvidando las llamas, corrió a arrodillarse a los pies del Primo hermano de Jesucristo. Hasta el día siguiente tuvo que suplicar. Sólo entonces, a las seis de la tarde del décimo séptimo día de ayuno, el Ángel se dignó descender. Bajo aguacero de flores lo pasearon en andas por las calles negras de pecadores arrepentidos; cantando lo introdujeron a la iglesia iluminada por cientos de velas. Victoriano había instalado delante del altar mayor el único sillón forrado en terciopelo que existía en Pumacucho.

El Ángel señaló el altar.

-Ése es mi sitio.

-¿Y los santos, Serafín?

-Ése es mi sitio -insistió con voz impaciente.

La maestra Torico destituyó sin vacilar a San Pedro y a San Pablo, y San Francisco de Asís y su lobo debieron conformarse con un rincón. El Ángel accedió a ocupar el altar mayor. La maestra sacó la casulla³⁵ que solían usar los celebrantes. El Ángel toleró que sus manos lo vistieran, aceptó una corona de flores y los bendijo. Hombres y mujeres seguían depositando corazones de plata, monedas, primicias que el Ángel laqueaba³⁶ con su mirada preciosa. Entonces, por primera vez, el Ángel miró a Agapito Robles.

«En Pumacucho se ha posado un Ángel destinado a absolver el sufrimiento de los indios». Pero la noticia no era para los blancos. El Arcángel Cecilio proclamaba la verdad en quechua. Lo único que alteraba su condición angélica era el sonido de la lengua de los opresores. En quechua predicaba el Fin del Reino de la Injusticia. La reverencia con que entraban a saludarlo quienes desconocían la lengua de los justos, no impidió que los expulsaran a empellones. La noticia no era para los blancos. Rigurosamente se cumplían las instrucciones del cantor Victoriano, nuevo Obispo de Jerusalén. Sólo los justos, es decir los que comerciaban en la lengua del Arcángel Cecilio, conocerían su advenimiento. No era tiempo que su faz³⁷ relampagueara ante el mundo. Cecilio era ángel únicamente visible para los abusados. En el altar toleraba la adoración. Todos los días la ex-maestra Torrico, nuevo Obispo de Huánuco, le cambiaba vestido y corona. Así ataviado admitía el doble calor de las multitudes y de los cirios. Por su rostro chorreaba preciosísimo sudor que secaban con algodones las sirvientas del Ángel. Al anochecer, el Obispo de Jerusalén cerraba las puertas del templo. Sólo vírgenes acompañaban su vigilia. A las doce de la noche el Obispo de Jerusalén le ofrecía una cucharadita de agua. Era todo lo que requería. Porque las ofrendas, los guisos, los carneros asados, las gallinas, los cuyes fritos, las ollas de estofado, las pachamancas³⁸, las frutas escogidas, sólo se aceptaban para que Cecilio agasajara³⁹ a su parentela celestial. En la noche -con perceptible ruido de alas- los ángeles descendían para comunicarle mensajes o simplemente para distraerlo. Ellos consumían las ofrendas. Pero no era noticia para los blancos. El Arcángel Cecilio venía con órdenes expresas de fulminar sus ciudades y construir el Templo de la Abundancia. Él mismo notificó a las autoridades: tan pronto acabaran las lluvias -Agapito Robles no terminaba de maravillarse con el espectáculo de los aguaceros, prohibidos en su provincia- se erigiría el Templo de la Abundancia. El albañil Palacios fue nombrado Gran Arquitecto. Misión: preparar los planos del sagrado recinto que por disposición de Dios Padre se edificaría para dar de comer a los indios hambrientos. En la cumbre del cerro de Pumacucho se alzaría el Gran Comedor donde se saciarían -¡por fin!- las naciones cobrizas. El Templo tendría una legua de ancho y una de alto. Aun

así Palacios dudaba. ¿Cabrían todos los hambrientos? El Obispo de Haití comunicó que la construcción se iniciaría el primero de marzo. Después, tras una noche exaltada, el Arcángel decidió adelantar la fecha. El primero de enero se interrumpiría el comercio para iniciar las obras.

-¿Interrumpiremos el comercio por un día o dos? -indagó un comerciante.

-El comercio se interrumpirá por siete años.

-¿Están locos? ¿De qué quieren que vivamos? Si no vendo, no como.

De comer, no comió, pero bebió hasta hartarse. Porque considerando blasfematoria su respuesta los mayordomos del Arcángel le dieron un carrizo⁴⁰ antes de sumergirlo en la poza que por mandato del Arcángel cavaron. Hundieron el relapso⁴¹ con la orden de respirar a través de la caña hasta que el Arcángel lo absolviera. Lo sacaron boqueando. No fue el único castigado. Excedido de blasfemias el Arcángel ordenó escarmentar a todos los incrédulos y únicamente después de llorar y besarle los pies, el sastre Rufino consiguió que le condonaran⁴² la fosa por azotes. Aun así los comerciantes encontraron valor para alzarse contra la prohibición. Más: consiguieron que una parte del Municipio se opusiera a la orden. El tembloroso Obispo de Jerusalén transmitió la insolencia. Pero en vez de la cólera que lo invadía cuando le hablaban, por ejemplo, en español, el Ángel murmuró sin alterarse:

-Estoy cansado de predicar a incrédulos. Si no quieren oírme, me iré.

Tocó tres veces la campanilla de plata que le había ofrecido la comunidad de Ambo.

-Esta tarde volaré al paraíso pero antes comenzará un nuevo Diluvio - anunció, ya de espaldas.

La noticia escalofrió a las multitudes. Porque en Pumacucho ya no cabían más peregrinos. Abandonando sembríos o esquilas⁴³, distritos enteros acudían a rendirle pleitesía. Shurubamba fue la primera en presentarse precedida por una banda de música. Una mañana millares de hombres y mujeres seguidos

por rebaños de vacas, carneros y cabritos, entraron a la plaza danzando. En la tarde llegó la gente de Cascai que para vivir más próxima al Arcángel acampó en la plaza. Cascai también traía ofrendas. El pueblo de Llacón llegó luego con dos bandas de música. En la plaza, en las calles, en los corrales, bajo los árboles, donde podían, los peregrinos acampaban y corrían a la iglesia. Pronto la minúscula Pumacucho amenazó ser tan populosa como Huánuco, la capital del departamento. Ya no era fácil contemplar al Arcángel. Los que no lograban besarle el filo del vestido, se disputaban los algodones mojados por su divino sudor, santas reliquias que se obtenían, con suerte, a veinte, a treinta y hasta a cincuenta soles. Pero la noticia no era para los blancos. ¿Podía serlo si por orden del Obispo Victoriano los fieles provocaban derrumbes y clausuraban los caminos? El Obispo de Jerusalén, el Obispo de Huancayo, el Obispo de Madrid y el Obispo de Pekín, suplicaron en vano que se les diera tiempo para convencer a los herejes.

-Hoy lloverá a las doce.

El demacrado Obispo de Jerusalén inició la rogativa⁴⁴. Cinco pueblos arrodillados clamaron hasta las doce porque a las doce en punto una lluvia verde luego amarilla luego roja luego negra rajó los techos y taló la mitad de los árboles de Pumacucho que gemía en las tinieblas. El Ángel no se turbó. Cuando escampó, el Enviado para la salvación de quienes por soberbia desairaban la salvación, descendió del altar, salió de la iglesia y sin atender los sollozos comenzó el ascenso del monte Pumacucho desde cuya cima - anunciaba aterrado el Obispo de Jerusalén- el Ángel volaría a informar a Dios Padre. El único Arcángel indio que existía en el Paraíso prohibió con la mano que lo siguieran pero la multitud lo desobedeció: gritando negreó⁴⁵ la subida del monte desde cuya cúspide el Ángel partiría. En la cumbre el pavor de la multitud lo rodeó. El Serafín abrió los brazos -¡los brazos que durante diecinueve días se habían abierto sobre la incredulidad de Pumacucho!-. El ansia de vuelo le inflamó el pecho. Dos veces abrió los brazos, dos veces la multitud gimió, dos veces los dejó caer. La tercera vez inició un trote de ave. El Obispo de Jerusalén y el Obispo de Pekín se le prendieron de los pies clamando:

-¡No vuelas, papacito⁴⁶!

-¡No nos dejes huérfanos!

-¡Apiádate de los indios!

-¡Dios te ha mandado para salvarnos! ¡Ten corazón!

El Serafín miró el cielo. Desatendió los alaridos de las mujeres, las imprecaciones de las autoridades que disputaban, que se tropiconeaban⁴⁷, que se recriminaban. No bajó los ojos para mirar el incendio que consumía las casas de los comerciantes relapsos. Batió los brazos que en cualquier instante se cubrirían de plumas y entonces, cuando ya emprendía vuelo, la gritería de los niños -traídos por el Obispo de París- logró lo que no obtenía la súplica de los hombres: el Ángel se apaciguó.

-Arrodíllense -ordenó.

La muchedumbre se postró.

-¿Juran que cumplirán todas las órdenes que Dios les comunique por mi boca?

Le contestó un rugido de aprobación.

-Me quedaré. Pero de ahora en adelante sólo me acompañarán los puros.

-¿Quiénes son los puros, Serafín?

-Solamente las vírgenes son puras.

Descendió. Las bandas de música y los cohetes ensordecían. Hombres, mujeres y niños bailaban enajenados. Antes que oscureciera, el sacristán de Llacón consagrado Obispo de Nueva York, escogió las seis vírgenes que acompañarían esa noche al Ángel. Tres días las conservó. Al cuarto, el Obispo de Cascai obtuvo -no sin luchar con otros distritos- el privilegio de reemplazar a las vírgenes de Llacón.

El primero de enero, tres mil hombres comenzaron a cavar los cimientos del Templo de la Abundancia. Cuando lo acabaran, concluiría también, proclamó el recién consagrado Obispo de Berlín, la época de las tinieblas. ¡El Arcángel Cecilio dirigiría en persona la Cruzada contra los blancos!

- 18 -

Texto del panfleto que el depuesto Obispo de Huánuco emitió contra el fiador del mundo

*In partibus dominus*⁴⁸, Aurelio, Obispo de Huánuco, en nombre de la Santa Iglesia Católica, a todos participamos:

«Que en la jurisdicción de Pumacucho, en nuestra diócesis de Huánuco, un indígena llamado Cecilio Encarnación propaga la herejía de que es un ángel enviado por el Altísimo para salvar de sus sufrimientos a la raza de los indígenas.

»Que sorprendiendo la simpleza de los cristianos de Pumacucho el sacrílego se proclama Primo Hermano de nuestro Divino Señor Jesucristo, Único Serafín Indio y en tal carácter Fiador del Mundo.

»Que instalado en la capilla de Pumacucho, valido de satánicas astucias, se hace adorar como santo con el agravante de que para colocar su trono de pacotilla ha osado destituir las sagradas imágenes de los santos de la Católica Iglesia.

»Que contradiciendo la doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia que nos enseña "amaos los unos a los otros" el fementido⁴⁹ profeta de Pumacucho proclama la Guerra Santa contra la raza blanca.

»Que ante la culpable indiferencia de las autoridades civiles de la jurisdicción el dicho Cecilio Encarnación manda azotar a los infortunados que se dirigen a él en castellano, idioma oficial de la República del Perú.

»Que anuncia la construcción de un llamado Templo de la Abundancia donde se calmará, según el sacrílego, el hambre de todos los necesitados, para lo cual recluta mano de obra por la fuerza.

»Que proclamándolo unto divino capaz de curar enfermedades, enderezar deformidades, devolver la vista a los ciegos, el movimiento a los lisiados, la voz a los mudos, los cómplices del usurpador venden a precio de oro algodones manchados con su sudor, percibiendo ingentes sumas que acrecientan las riquezas acumuladas por el hereje.

»Que llevados por un equivocado sentimiento de reverencia fomentado por sus secuaces, sus adoradores le tributan toda clase de ofrendas en dinero y especies sobre los que por supuesto el referido Cecilio Encarnación se guarda bien de dar cuenta.

»Que para demostrar su pretendido carácter angélico simula practicar un ayuno absoluto pero que tenemos pruebas de que, acabado el día, manda cerrar las puertas de la iglesia donde, con el pretexto de agasajar a los ángeles que, según él, le rinden visita, y en realidad para celebrar banquetes con sus secuaces, pasa las noches comiendo, bebiendo, bailando y cometiendo el nefando pecado de la carne con las doncellas que le surten, a su concupiscente⁵⁰ capricho, los pueblos que en su simpleza imaginan que así propagan la simiente del único Dios verdadero.

»Que es demoníaca la idea de que los niños que puedan nacer de este abominable comercio carnal sean parientes sanguíneos de Nuestro Señor Jesucristo.

»Que presa de desvarío el usurpador proclama la destitución de Nos, legítimas autoridades eclesiásticas y consagra obispos espurios⁵¹ que ni siquiera saben leer y que obedeciéndole sólo ganan la eterna perdición de sus

almas. ¡Lobos disfrazados! ¡Lobos peores que lobos que divulgan y reverencian santos que no figuran en el Santoral de Nuestra Santa Madre Iglesia!

»Que desafiando el dogma cristiano divulga que el hombre fue creado por la golondrina.

»Que entre los milagros de esos santos apócrifos, que de existir pertenecerían a los ejércitos de Satán, proclama la existencia de San Pariacaca⁵², nacido, según él, de cinco huevos y propietario de cinco cuerpos de fuego, de lluvias, de relámpagos, de tierra y de viento y capaz de crecer a su gusto.

»Que apócrifos son también San Huaytacuri capaz de convertir con su voz a los hombres en animales, San Huaylallo cuyo cuerpo es de fuego y Santa Chaupiñaca, cuyo cuerpo es una piedra con alas y por cuya infame intercesión crece el miembro viril de los hombres incapaces de satisfacer a la mujer y San Catiquilla⁵³ dotado del poder de hacer hablar a hombres y animales aun contra su voluntad y San Colliquiri⁵⁴ capaz de caminar cinco años debajo de la tierra.

»Que bajo la protección de esos santos apócrifos el impostor proclama una Guerra Santa contra la raza blanca pretendidamente responsable de las injusticias cometidas por malos cristianos contra muchos de nuestros fieles indígenas.

»Que desconociendo la Ley Natural, sostiene que el hombre y la mujer son iguales y que, para demostrarlo, su perversión ha llegado al extremo de consagrar Obispo a una hembra.

»Que dicho Cecilio Encarnación ha incurrido e incurre en la excomunión "Latae sententiae"⁵⁵ y por tanto lo separamos de la Comunión de la Iglesia, de la participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y lo entregamos al poder de Satanás.

»En defensa de nuestro amado rebaño proclamamos la herejía y la impostura del llamado Cecilio Encarnación por cuya boca habla el Tentador⁵⁶ y amenazamos con anatema y excomunión a todos los que comercien con él en palabras u obras.

»Nuestra Santa Religión Católica es la religión del Estado y tolerando la existencia de esta infame comedia las autoridades políticas del departamento de Huánuco se hacen responsables de negligencia ante el Estado y de impiedad culpable a los ojos de nuestra Fe».

- 19 -

Fin y ejemplo de esta amenísima relación

Un kilómetro de largo tenía el cimientó de la fachada del Templo de la Abundancia, cuando el Arcángel Cecilio conoció la insolente excomunión de un obispo al que había destituido. Su cólera no resistió límites. No bien terminaron de leerle el desafío del ex-obispo de Huánuco, agitó siete veces su campanilla de plata. La multitud interrumpió los trabajos. El Arcángel caminó hacia la gran piedra en forma de cruz donde solía reposar. Su palidez igualaba la blancura de su manto.

-¡Hoy lloverá agua, mañana lloverá sangre y después fuego y yo volaré!
¡Maldita sea la ciudad de Huánuco! ¡Malditos los que transporten o vendan alimentos a la ciudad que desacata mi voluntad, que es la voluntad de Dios, de salvar a todos los indios del Perú! ¡Así sea!

El rostro se le ennegreció, se le blanqueó, se le azuló, se le verdeó, se le ensangrentó. Acometido por hambres de vuelo el tórax sacro subía y bajaba. Pero pasado el pánico la multitud comprendió que el Ángel -¡el único Ángel indio del Paraíso!- no volaría jamás en víspera de la guerra que acababa de declarar. Porque el Obispo de Jerusalén, el Obispo de Madrid, el Obispo de

París, el Obispo de Nueva York y el Obispo de Pekín recorrían los grupos bailando y cantando. La hora del gran combate llegaba. La cara del Serafín arrodillado cambiaba de color a cada minuto. ¡Los colores del arco iris, el estandarte de los quechuas! Y mientras las bandas de música enardecían el aire sofocante, los jefes de las parcialidades, los alcaldes de los pueblos, y las autoridades de sitio o de paso (convocaron también a Agapito Robles) sentenciaron el bloqueo absoluto de la impía Huánuco. Los mensajeros salieron con instrucciones precisas: todo el comercio con Huánuco quedaba cancelado. Por ninguna razón y bajo ningún pretexto, la aborrecible ciudad recibiría la más mísera hilacha de carne o la más escuálida patata. Se las arrojarían a los chanchos⁵⁷, se las regalarían a los caminantes, se pudrirían en los trojes⁵⁸; cualquier cosa antes que la boca de los condenados masticara la comida sembrada por las manos que ahora, arrojando arados, reclamaban rabioso acero.

-¿Está usted seguro de lo que está diciendo, señor alcalde? -preguntó en el despacho de la Municipalidad de Huánuco el capitán Salazar.

El alcalde Nivardo Trelles se pasó el pañuelo por la frente.

-¿Cree usted, capitán, que soy hombre de boladas⁵⁹?

Adoptó un aire ofendido.

-Compruébelo usted mismo. Hónreme con su compañía y vayamos al mercado de Huánuco. Está desierto, los vendedores han desaparecido. Pregunte a las amas de casa. Hace cinco días que no comemos carnes.

-Yo ayer estuve en una pachamanca.

-Sería en una hacienda, capitán.

-Sí, es cierto.

-Pero en Huánuco la comida escasea. A este paso pronto se enfrentará usted con una poblada⁶⁰.

-¡Cojudeces!

-Usted conoce a los indios, capitán. Son obstinados, sinuosos, hipócritas. Pero cuando se deciden, se deciden.

El capitán Salazar cogió su gorra.

-A sus órdenes, señor alcalde.

Recorrieron el amenazante silencio del mercado y los barrios indios. Tres días después, usando las precauciones de reglamento, el capitán Salazar salió de Huánuco con una compañía en pie de guerra. Pretendía entrar a Pumacucho con la luz. Acamparon en la hacienda Colpa. Amaneciendo siguieron por un camino plagado de malos signos: pueblos íntegros desertaban la campiña. Uno de los sargentos, indio de Huancayo, conoció la razón: los humanos escapaban del combate que enfrentaría al cerro San Cristóbal contra el cerro Rondos. Las dos montañas, en cuyas faldas, al borde del Huallaga, entre arboledas, se levanta Huánuco, combatirían por el honor de comandar la vanguardia del ejército que el Serafín reclutaba. Los cerros se embestirían tres días y tres noches sobre los escombros de la ensoberbecida ciudad. «Cojudeces»⁶¹ -exclamó el capitán. Avistaron Pumacucho. Divisaron fieles arrodillados. Rezaban con furor. Inútilmente el oficial los zamaqueó⁶². No sacaban los ojos del cielo. El capitán Salazar mandó desplegar su tropa. Con rapidez que contrastaba con la lentitud de la marcha, los soldados bloquearon las salidas. Con la mitad de sus hombres y el sable desenvainado el capitán Salazar entró en la plaza vacía. «El Ángel va de fuga rumbo a Llacón» - denunció un comerciante y luego «¡Viva el Ejército!». El Divino Cecilio había profetizado la llegada de un hombre gordo, de bigotes ralos y voz aguardentosa y ahora ante sus ojos tenía un hombre gordo, de bigotes ralos y voz aguardentosa: el capitán Salazar. El Obispo de París había mostrado -¡hacía tres días!- su retrato ejecutado por uno de los pintores a los que el Ángel encomendó los frisos que ornarían la fachada norte del Templo de la Abundancia. Más: había anunciado que la tropa entraría a Pumacucho a las doce en punto. Pero ¿saldría? «Que vengan cuando quieran. Pasando la

quebrada⁶³ sus fusiles se les convertirían en serpientes». Inmune a la profecía el capitán Salazar revisó Pumacucho. A las dos, una patrulla informó que en andas de plata el Ángel se internaba en las montañas. «¡Cojudeces!». A punta de carajos⁶⁴ apuró a la tropa. A media legua, bajo el ardor del sol, sudando, avistaron a la multitud que entraba a Llacón. Con sus largavistas el capitán sopesó la seráfica indiferencia de Cecilio Encarnación. Él anda se perdió en las casas. El capitán ordenó paso ligero: la tropa rodeó Llacón. Los soldados iniciaron la búsqueda. El capitán entró en un tienducho a beber cerveza. A las tres, el suboficial Rentería rindió parte: no encontraban al Ángel. «¡Cojudeces!» -«Me lo trae en el término de la distancia o antes si es posible». -«Hemos revisado el pueblo, casa por casa, mi capitán». -«Cojudeces». Pidió más cerveza. A las cuatro, Rentería repitió el parte. «Cojudeces» -reiteró el capitán y salió a revisar en persona. Entró a todas las casas, espulgó⁶⁵ todos los patios, abrió todos los dormitorios, subió a todos los trojes: nada. Algo pálido reemprendió la búsqueda. Por sexta vez registraron las casas, la municipalidad, la iglesia, la escuelita, la cárcel, el campanario. ¡Nada! El sol enjoyaba cerros morados. «Cojudeces». El sudor le chorreaba por la frente.

-Es ángel -murmuró un guardia aindiado.

-¿Qué cosa?

-Es ángel de verdad. ¡Ha volado!

-Cojudeces.

Los guardias se persignaron. Cerca de los fieles un cabo se arrodilló. En la plaza los soldados repetían: «Es ángel». El capitán sintió la vastedad de la hora, la vacilación de la tropa, el silencio ominoso. «Es ángel». Sacó su pistola. Inició la séptima revisión de Llacón. Oscurecía. Se secó la frente, miró el anillo de soldados mudos, pétreos, amenazadores. ¡Suboficial! -gritó, pero Rentería no contestó. Entonces sus ojos descubrieron un horno. Escuchó el cri-crac de los cerrojos de los fusiles. ¿Contra quién? Sudando abrió la puerta. Acurrucado sobre la paja, el Arcángel dormía.

-¡Por fin, carajo!

Lo despertó. Lo condujo a la plaza a puntapiés. Los comerciantes y algunos hacendados lo recibieron con vivas.

-¡Cojudeces!

Mandó maniatarlo y reforzar la guardia. Pistola en mano veló al prisionero. Los Obispos habían huido, pero cientos de fieles miraban al Ángel depuesto, espantados. ¿Los fusiles se convertirían en serpientes?

-¡Cojudeces!

Soberbiamente calmo, el Ángel miraba el azul. Siempre riéndose el capitán se acercó y le saltó a la espalda.

-Si eres ángel hazme volar -gritó a horcajadas sobre el cuerpo robusto de Cecilio.

Las viejas se dispersaron gritando. Los comerciantes celebraron la broma.

-Evítame el camino y llévame a Huánuco volando. ¡Cojudeces!

Cecilio seguía con los ojos absortos en el cielo.

-¡Desnudo! -ordenó el capitán.

Los soldados le arrancaron las vestiduras. El sol brilló sobre su carne de cobre. Cecilio no se movió.

-Yo también quiero saber si eres ángel -gritó con rabia un pequeño hacendado de Llacón. Mostró un cacto con el que raspó la espalda del Arcángel. Cecilio sonreía. Las viejas porfiaban⁶⁶ en sus rezos. En cualquier momento los fusiles, víboras mortales, morderían a los sacrílegos.

-¡A Huánuco! -mandó el capitán.

El suboficial Rentería jaló⁶⁷ la soga que apretaba el cuello del Arcángel. Agapito Robles lo miró con impotente ternura. Sus ojos negrísimo se encontraron. El Ángel le guiñó el ojo y le gritó:

-¡Sólo por la fuerza, Agapito!

El personero de Yanacocha se enfrió. Nunca había hablado con el Ángel. ¿Cómo sabía que se llamaba Agapito? Se le enneblecieron⁶⁸ los ojos. A través de las lágrimas miró al Serafín que se alejaba doblado bajo el peso del capitán. Supo después que el comandante de armas de Huánuco ordenó enrolar al Ángel. La última vez que lo vieron ojos humanos, Cecilio Encarnación se embarcaba con los reclutas⁶⁹ destinados al 5to. de Infantería de Lima. Amontonados en camiones, rumbo al exilio de los cuarteles, todos los conscriptos voltearon para despedirse de Huánuco. Sólo la cabeza rapada del Primer y Último Serafín de los Quechuas no se volvió.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo